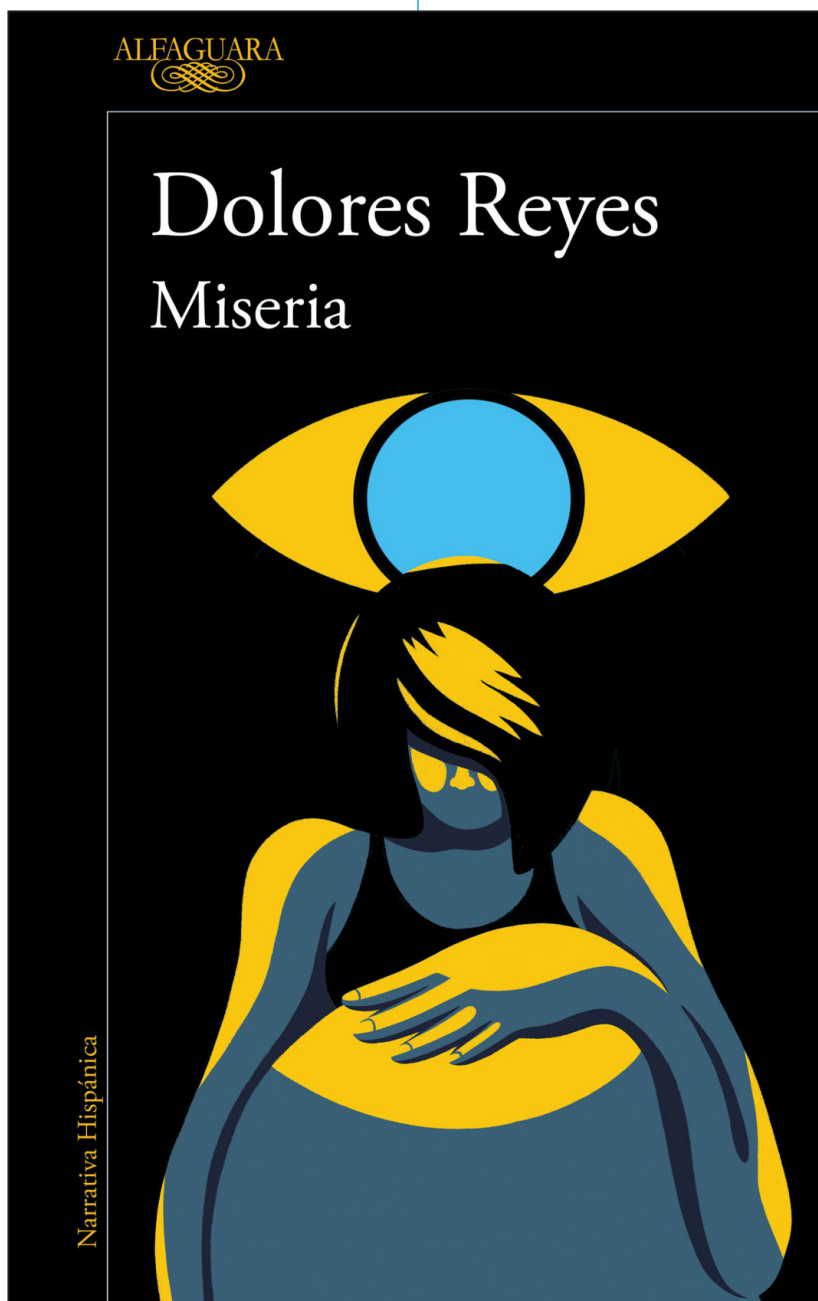




Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

«Me había jurado no volver a comer tierra y ahora me quema la lengua y me ruge el estómago reclamándola. La tierra está llena de secretos, pero no para mí».

Cuando era una niña, Cometierra tragó tierra y supo a través de una visión que su madre había muerto asesinada por su padre. A esa revelación le siguieron muchas más, y con cada cucharada de tierra engullida, Cometierra fue descubriendo el trágico destino de muchas mujeres desaparecidas que, como su madre, eran víctimas de la violencia, pero también, del silencio institucional y la injusticia. Pero tener un don adivinatorio implica una responsabilidad difícil de sobrellevar: conocer la verdad y saber qué hacer con ella. Es por eso que, después de haberse llenado el estómago de tierra, y los días y las noches con las brutales visiones de las desaparecidas, Cometierra elige marcharse de su barrio y no volver a usar su poder.

Lejos de las calles donde todos la conocen, de su casa y de las botellas de tierra que los vecinos dejan en su jardín, Cometierra va saliendo poco a poco de su encierro y comienza a explorar su nuevo entorno, un barrio popular en la frontera misma entre la ciudad y la inmensa extensión suburbana de Buenos Aires. Junto a su hermano Walter, y la novia de él, Miseria, que espera un hijo, los tres encuentran en su mutua compañía una forma de conjurar la soledad y el desamparo que rondan a una adolescente que transita sin guía su embarazo, y a una huérfana que añora a su madre y debe convivir con las voces de los muertos. A punto de pasar a ser cuatro bocas que alimentar, sin embargo, Miseria tiene claro que, en un lugar donde la gente

desaparece todo el tiempo, las visiones de Cometierra pueden tener un lucrativo potencial económico. De un don, al fin y al cabo, no es sencillo desprenderse, y Cometierra no puede pasar por alto los carteles de chicas desaparecidas que tapizan el barrio y despiertan en ella el sentido del deber. Muy pronto, en el local que abren con Miseria, se forman colas de personas que, sin otro apoyo que su propia desesperación, continúan buscando a hijas, hermanas o nietas que parecen haber sido tragadas por la tierra pero que, vivas o muertas, en algún lugar tienen que estar. Resolver un caso tras otro incrementa la fama de Cometierra hasta que termina siendo víctima

de una trampa de Madame, una bruja poderosa que quiere librarse de ella. Al mismo tiempo, la sombra de la cruel figura paterna vuelve a planear sobre Walter y su hermana, que creía poder escapar de todo en la gran ciudad y acaba descubriendo, sin embargo, que los remordimientos y las deudas del pasado viajan con ella.

Para Cometierra, entonces, una vez más toca marcharse. Pero ahora la elección es volver al barrio, a la tierra, a la búsqueda de las chicas desaparecidas y, en definitiva, de esa verdad que, por dolorosa que sea, contienen cada una de las botellas que la esperan en el jardín de su casa.

CLAVES DE LA NOVELA

Tras un exitoso debut que se abrió camino primero en Argentina, gracias al entusiasmo de los lectores, y alcanzó en poco tiempo el reconocimiento internacional como una de las revelaciones de la literatura latinoamericana, Dolores Reyes retoma en *Miseria* la historia de su heroína, Cometierra. Dotada de un don extraordinario que es también una pesada carga, la joven vidente vuelve a escena en las páginas de una novela que, entre lo fantástico y lo detectivesco, nos adentra en una periferia urbana poblada por adivinas, mujeres poseedoras de saberes ancestrales, imágenes de santos, anuncios de chicas desaparecidas y adolescentes que construyen otras formas de familia para poner una cuota de amor y luminosidad en un territorio atravesado por la pobreza y la violencia.

Habitante de los márgenes sociales, Cometierra es una heroína con trazas de *outsider* que se debate entre la fantasía de comenzar de nuevo y encajar en el mundo, y un sentido de la responsabilidad del que no hay modo de librarse. A su lado, *Miseria* también busca su sitio: tramar afectos donde hasta ahora solo hubo carencias y, a su vez, sacar el máximo partido de un instinto de supervivencia desarrollado a la fuerza desde muy pequeña. A través de estas dos protagonistas, cuyas voces alternan a lo largo de toda la novela, muerte y vida se entrelazan en el discurrir de visiones macabras y escenas de ternura maternal que, junto con las representaciones del bien y el mal que nutren el relato, abren un juego de contrastes que bebe tanto de la tradición de la tragedia clásica como de géneros popu-

lares como el *noir* y el cómic. Entre mujeres que están allí para acompañar y guiar a las más jóvenes y brujas malvadas que dominan los secretos de la magia negra, o hermanos protectores y padres monstruosos, *Miseria*, sin embargo, trasciende las dicotomías para captar los matices de una realidad donde la desesperación y el dolor devienen rabia, pero, también, se conjugan con lo festivo, la dulzura de un gesto o la necesidad de compartir. Las historias de Cometierra, Miseria y tantas víctimas de una forma u otra de violencia de género, por otra parte, señalan los límites y la ineficacia de unas instituciones que, como la policía o el hospital al que acude la adolescente embarazada, exponen a las mujeres al desamparo y la injusticia. Pero allí donde las instituciones no pueden o quieren llegar, se abren paso otras formas de saber, consolar y cuidar. Figuras que son parte del imaginario clásico de lo femenino, como la vidente, la partera o la madre, cobran protagonismo en una novela que, con más de un guiño a movimientos como Ni una menos

o la asociación de Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, habla de sororidad y de las redes tejidas por mujeres que ayudan a traer vida o a buscar a los desaparecidos y despedir a las muertas que no deben ser olvidadas.

Entre el realismo mágico y la oscuridad del *noir*, y con una prosa impregnada de oralidad que recoge las voces de las chicas y chicos del Gran Buenos Aires, Dolores Reyes encuentra el modo de contar una realidad más terrible que cualquier visión o pesadilla: los secuestros, las violaciones, la trata de mujeres y niñas y los feminicidios que se multiplican en la periferia de las ciudades latinoamericanas. Desde la imaginación más rica y sin renunciar al lirismo en medio de la brutalidad, su ficción adquiere así un profundo carácter político a la par que ahonda en la pérdida, la soledad y los vacíos de toda existencia a través de las andanzas de Cometierra, la adolescente de aspecto frágil y enorme valentía que elige buscar porque quizá esa sea la única elección posible.

PERSONAJES

COMETIERRA

Cometierra es el apodo que le ponen a Aylén, una adolescente que tiene visiones de personas muertas o desaparecidas cuando come la tierra que han pisado. Su barrio, un enclave humilde del Gran Buenos Aires, es un territorio donde la violencia prolifera, los crímenes quedan impunes y las mujeres son víctimas de violaciones, asesinatos y trata para explotación sexual. Cometierra huye de esa tierra indigesta, impregnada con la sangre de adolescentes que un día ya no regresan a casa y el dolor de unas madres para las que nadie parece tener una respuesta, salvo ella. Su don, sin embargo, no es algo a lo que se pueda renunciar y, aunque intente perderse en las calles de otros barrios de la ciudad y deshacerse del tormento de las visiones, no puede escapar de sí misma y de la responsabilidad de continuar con la búsqueda de esa verdad que las familias de las víctimas necesitan conocer.

«Cada vez que salgo siento pánico de perderme, así que salgo poco. Igual ya empiezo a conocer. También la tierra de este lugar me anda buscando, la escucho y la esquivo. Busco no pisarla, cambié barro por baldosas. Estamos casi siempre en alto, acá todo es departamentos, edificios, cuartos con baño y cocina.

El nuestro huele a algo que no sé qué es. A veces siento que me pierdo en ese olor helado. Unas gotas claras que salen de las paredes las noches frías y me marean. Cierro los ojos para escaparme y nos recuerdo con el Walter, chiquitos los dos, cortando con los dedos las flores rojas de la corona de cristo. Mi hermano y yo, juntos como siempre, amenazados de espinas. Del corte sale un jugo blanco. Abro los ojos, de nuevo el techo y las paredes me aplastan la respiración. Huelo el mismo jugo blanco y no sé si es la corona de Cristo la que llena de moho claro los rincones o es que llega un veneno que amenaza con rajar las paredes y alcanzarnos. Y ahora sí quiero salir porque me estoy asfixiando.

Tengo la boca seca y me levanto para ir a la cocina. La heladera está vacía y yo me muero de sed. Pienso en ir a comprar algo al chino de la vuelta pero desde afuera llega el sonido de una ambulancia y, pegadas, las sirenas a todo lo que da de un par de patrulleros. Las luces rebotan contra los vidrios de las ventanas y tiñen de parpadeos azules las paredes. Hoy mejor no salgo, pero me juro a mí misma que mañana sí.

Aunque sé que no voy a dormir, me vuelvo a tirar en el colchón. Siento que el mundo es demasiado complicado para abrirle la puerta. Me tapo la cabeza con la almohada.

¿Será la leche de Miseria por el bebé que está llegando?

Todavía soy un animal sin nombre y tengo miedo». (pp. 25-26)

MISERIA

La novia del hermano de Cometierra es una chica de dieciséis años que se gana su apodo de niña, cuando a causa de su pobreza era una figura habitual en el comedor social de la escuela del barrio. Entre lo fraternal y la ternura de la amistad adolescente, Miseria cuida a Cometierra e intenta rescatarla de la oscuridad en la que la sumen sus visiones, pero ahora que está embarazada, ella también necesita que alguien le brinde cariño y compañía porque la maternidad no hace más que acrecentar una sensación de soledad y desamparo que viene de lejos, de las carencias afectivas de la infancia y la necesidad de recuperar el vínculo con su propia madre.

«Me acerco a ella, me agacho, le doy un beso y aprovecho para abrazarla un rato. Ella me atrapa las manos apretándomelas contra su cuerpo. Jugamos cada una en el cuerpo de la otra y a mí me da cosquillas. Hago un esfuerzo para no cagarme de la risa. Cometierra no quiere que nos separemos hasta quedarse dormida. Trato de sacar una mano, tiro hasta que lo consigo y después, la meto abajo de su remera. Le paso despacio las uñas por la espalda hasta que se queda quieta, cierra los ojos y ya no los abre. Escucho su respiración cada vez más lenta y espero. Cuando relaja los brazos me puedo levantar. Busco sin hacer ruido mi celular de arriba de la mesa, miro la hora y uso su linterna para ir a la pieza y llegar hasta mi cama. Son más de las doce y el Walter duerme hace rato. Me acuesto al lado suyo, lo suficientemente cerca para que me llegue su calor. Es de noche y todo se quedó en silencio. Antes de cerrar los ojos, me apoyo las dos manos en la panza. Si hay algo que nos sobra es tiempo. Tengo dieciséis años y mi hijo ni siquiera nació. Nosotros podemos esperar a Cometierra todo el tiempo del mundo». (p. 12)

TINA

Tina trabaja en el bazar en el que Miseria, recién llegada al nuevo barrio, consigue un empleo. Pese a la diferencia de edad, entre ellas surge una amistad que es fruto de la mutua simpatía y la necesidad de buscar apoyo en un mundo donde ambas se sienten solas. Madre de un hijo adolescente que vive con ella, Tina quiere conocer el paradero de otros dos hijos que su expareja se ha llevado y sabe que Cometierra es la única persona que puede ayudarla. A cambio, la chica le pide que ejerza de partera, como hacía tiempo atrás, y asista el parto de Miseria que, según una de sus visiones, podría morir en el hospital.

«Antes que terminemos de tomar, la Tina acerca una mesa a la pared para subir-se arriba y llegar con sus manos hasta las fotos. Las va despegando de las paredes de su casa y a mí me da miedo que pueda romperse alguna pero no. Después se baja y arrastra la silla hasta donde estamos para dejar una montaña de fotos en el sillón, al lado mío, se acomoda justo enfrente y me las empieza a mostrar:

—Ese bebé es mío. Ese es un bebé de mis manos, ese es mío y ese de mis manos también. Esta es la Yacky, la hija de los dueños del puesto de flores, es bebé de mis manos y ahijada, este es el último hijo que llevé en mi panza, hace dos años que no lo veo porque cuando me separé de su padre, desaparecieron con él.

Mientras la Tina me muestra pienso qué foto podría mostrarle yo a ella a cambio y no tengo ninguna. No tengo fotos de las mujeres desaparecidas, ni de María secuestrada, ni de la chica del agua, no tengo ninguna foto de las chicas que busqué, pero a todas las devolví yo». (p. 126-127)

WALTER

Cuidar de Cometierra, su hermana menor, ha sido siempre una prioridad para Walter, que junto a ella y su novia construye una pequeña familia. El cambio de barrio y la necesidad de pagar un alquiler, sin embargo, supone para él tener que asumir más trabajos y cuando su hijo nace todo el peso de los cuidados recae sobre Miseria, que ve en Walter un reflejo de su propio padre, una figura ausente en su vida. Pero las ausencias de Walter tienen una explicación y el chico no tarda en revelar las presiones por parte de su padre que lo han llevado a tener que ganar un dinero extra.

«Ni bien me escucha la voz, la perra se me viene encima moviendo la cola.

—Estaba buscándote —dice mi hermano y me doy cuenta de cuánto lo había extrañado este último tiempo.

El Walter trajo un par de birras y una pizza. Nos sentamos juntos, uno al lado del otro. Con mi hermano es fácil dejar de sentir hambre y empezar a comer, dejar de sentir tristeza y abrazarnos». (p. 265)

LUCAS

La casualidad y una perra callejera hacen que Lucas y Cometierra se conozcan en las inmediaciones de una terminal de autobuses. Comienzan compartiendo una caminata en silencio, luego la tutela de la perra y terminan siendo amantes. Junto a él, Cometierra se olvida del sabor de la tierra, del dolor en su estómago y de la soledad que siente ahora que Miseria vive pendiente de su bebé y su hermano pasa cada vez menos tiempo con ellas. Pero conciliar la relación con su don y la reaparición de Ezequiel, el policía del que ella había estado enamorada, termina siendo demasiado para la vidente.

«Lucas me acompaña hasta el ascensor, la Polenta se queda rascando la puerta con las patitas hasta que después se calma o somos nosotros que bajando nos alejamos y dejamos de escucharla.

Si no tuviera el don, hubiera podido aceptarle las llaves del edificio para volver casi todos los días.

El beso delante de la puerta de vidrio que da a la calle tiene el gusto del último beso. Es un gusto que conozco bien, el de algo que se está perdiendo.

Si no tuviera el don, no me estaría yendo». (p. 304)

MADAME

Madame o la Reina de la noche es una misteriosa bruja que se anuncia en las calles del nuevo barrio de Cometierra y Miseria. Sus conjuros de magia negra prometen poner fin a todos los males y Miseria está tentada de recurrir a ella para traer de regreso a casa a Walter, pero Tina le quita la idea de la cabeza. La que acaba cayendo en sus redes es Cometierra que, víctima de una trampa de Madame para impedir que conozca el paradero de las chicas desaparecidas, descubre el lado más malvado y poderoso de la brujería y las artes adivinatorias.

«—Pobre Cometierra. Nadie te enseñó nada y pensás que tan fácil es meterte en el territorio de otra bruja. Yo soy la Reina de la Noche, pero en el barrio todos me llaman Madame.

Estoy segura de que esos nombres no los escuché nunca. La mujer me revisa también el cuello y las piernas y se ríe diciendo:

—Ni un tatuaje ni una quemadura ni nada. —Cuando tira de mi remera para verme el escote me zafo para atrás.

—Sos un animal sin nombre, Cometierra. ¿No te dijeron que un nombre es lo más importante que puede tener una bruja? Un nombre y dos ojos —se ríe.

—Las pupilas son las puertas de entrada del cuerpo y es fundamental que una bruja las conserve. Pero esta noche te metiste en mi casa sin invitación, Cometierra». (p. 282)

LA SEÑO ANA

Ana ha sido la maestra preferida de Cometierra en la escuela primaria. Un día desaparece y Cometierra, apenas una niña, tiene una terrible visión de su maestra muerta. Desde entonces, la seño le habla en sueños y la empuja a seguir buscando a las chicas desaparecidas y a los culpables de su crimen.

«—¿Dónde nací yo?

—Tendrías que habérselo preguntado a tu mamá —me responde la seño Ana y nos quedamos calladas hasta que es ella la que rompe el silencio.

—Yo te conocí a los seis. No hizo falta que te viera nacer para quererte tanto.

Pienso en darle un beso o algo más, pero solo me sale una voz suave:

—Ya lo sé, Ana.

Quiero acariciarla pero siento que ya está lejos. Habla y a mí me parece que ni siquiera abre la boca, que se va perdiendo, más triste que nunca, mientras su voz sale directo desde algún lugar borroso.

—Voy a preguntárselo: en estas sombras todavía sigo viendo a tu mamá». (p. 95)

EXTRACTOS POR TEMAS

DESAPARECIDAS

Bordeo las vías. En la esquina hay una venta de ropa con varios percheros a punto de explotar y montañas de remeras, buzos y pantalones apilados. Sigue un local de cosas de bebés con pañales que ocupan desde el piso hasta el techo y mamaderas gigantes todas llenas de regalos. Al meterme abajo del puente la luz del día desaparece de golpe. Sin el sol hace un poco de frío y sobre el suelo mojado se imprimen huellas de barro. Avanzan una tras otra las caras de los que vienen en sentido contrario. Un pibe comiendo un pancho y una madre con su hijo que casi me chocan. A pesar de la mugre y la oscuridad también acá hay puestos. Mesas armadas con un par de caballetes y una tabla de madera con pañuelos, medias, juguetes, pilas, billeteras. Hacia el final hay una zona a la

que no llegan ni vendedores ni sus mercaderías. Todo se detiene en una pared enorme y gris. El paso termina en un mural construido por cientos de papeles muy pequeños. Ni el sol se anima a meterse con ellos. Me voy acercando con el corazón golpeándome asustado. Nunca había visto tantas caras de mujeres juntas. Millones de ojos negros como semillas arrojadas al aire con una última esperanza de volverlas a la vida: Chicas VIP. Estoy sola en mi depto. Nancy, te estamos buscando. Irma, curandera ancestral. Taís y Lucy, traviesas. Hermana Irma, adivina. Julia, vista por última vez el 5 de abril del 2018. Juana, vestía jeans y pulóver violeta. Cindy, leo tu suerte. ¿Dónde estás, Mica? Todavía te espero. Betty, la más dulce de la estación. Estrella, leo tus manos. Hago trabajos blancos y negros. María, desapareció en Floresta.

Me imagino mi cara ahí, una más entre miles y un escalofrío me sacude el cuerpo. Tengo ganas de vomitar la pared en donde todas somos desaparecidas, putas o videntes. Me acuerdo de la voz de Miseria: Acá desaparece gente todo el tiempo. Acá, tu don es oro y lo odio. (pp. 39-40)

—¿A quién quieres honrar? ¿A cuál de tus muertos quieres hablarle esta noche?

—A mi mamá —contesto y me dan ganas de llorar. Hago fuerzas para que no se me escape ni una lágrima. Hoy, en este barrio es noche de fiesta y yo no quiero perdérmela. Necesito creerles a todos nuestros vecinos que puedo volver a escuchar su voz.

Salgo de la cocina y me acerco al pan de muertos. La ofrenda sigue vacía porque todavía no le puse nada.

—Tienes que prometerle a la difuntita. Si quieres le pides dinero. Si quieres le pides abundancias. Si le hablas con el corazón, ella va a escuchar.

Miro alrededor. De las cosas que le gustaban a mi mamá no tenemos nada. Como ella murió a mis siete años estoy obligada a recordar siempre lo mismo. Los animales de vidrio que se perdieron todos, nuestros cumpleaños, las plantas que iba poniendo en el terreno y que nunca pararon de crecer, la plaza a la que nos llevó la última vez al Walter y a mí.

Esa mañana que pasamos juntos, mamá nos despertó y dijo que nos vistiéramos. Éramos chicos, todavía dormíamos en la misma pieza, pegada a la de ella y el viejo. Me ató los cordones pero quería que aprendiera a atármelos sola, por si alguna vez ella no estaba.

Yo me reía.

—¿Adónde te vas a ir?

Y ella también me mostraba los dientes más lindos del mundo. Aunque tuviera cascaritas de sangre seca al lado de la boca, su risa era el sol.

—A ningún lado, Aylén, yo no me voy a ir nunca. (pp. 59-60)

En diez minutos pasan cientos de caras pero ninguna es la de Miseria. Pensar en lo difícil que debe ser encontrar a una persona acá me hace doler el estómago. Nosotros vinimos a perdernos, pero se nos fue la mano. Ni entre nosotros nos podemos encontrar. Hay cosas que Miseria no me cuenta, hay cosas que yo tampoco le quiero contar. Mi hermano trabaja en un taller nuevo y yo no sé su dirección. (pp. 87-88)

Buscadoras a las que el cansancio les deja la piel atravesada por arrugas que se parecen a cicatrices. Como todos les fallaron, siento que yo no puedo hacer lo mismo.

Una mañana una mujer me tiró una botella al piso y me escupió la cara diciéndome que era mentira lo que yo acababa de ver. No le contesté.

¿Qué le voy a decir? Si a mí también, como a ella, me falta una mujer.

Preferí limpiarme esa saliva amarga, juntar los vidrios rotos y barrer la salita, levantar la foto mientras lloraba y golpeaba la mesa con los puños cerrados hasta que después de un rato largo, tranquilas de nuevo, ver si podíamos encontrar el cuerpo de su hija.

Mujeres así de rabiosas había visto montones, pero nunca a un hombre, hasta que vino Julio.

A quienes me buscan los asfixia la bronca.

Julio es apenas un poco más alto que yo, pero parece que viene cargando todo el peso del mundo. Dice su nombre y se queda callado. Como no pregunto, tarda un rato en decir que llegó a verme con sus últimas fuerzas, que respira pero perdió las esperanzas, que solo sigue viviendo por un asunto nomás, que tiene que resolver ese asunto antes de poderse ir a descansar en paz, y que ya anda tan agotado —casi muerto, dice— que está necesitando llegar a ese descanso de una vez.

Tampoco ahora le contesto nada [...]

Me quedo callada. A veces el silencio es la mejor forma de acompañar. El hombre espera un rato y después, se agacha para sacar algo de un bolso de cuero casi tan oscuro como el peso de la noche que carga encima. Me pasa una botella en donde puedo leer Lucía y mirar la foto de una piba hermosa de cabello muy largo y ojos delineados de negro y brillitos. Apenas afloja los músculos para soltarla arriba de mi mesa, dice:

—Ya no espero nada más. Solo voy a vivir hasta enterrar el cuerpo de mi hija. (pp. 238-239)

LA MEMORIA DE LA TIERRA

—Tenés olor a cera quemada, Aylén. ¿Por qué andás molestando a otros muertos?

—Ya sabés lo que está pasando, Ana. Vamos a tener un bebé.

—No todos los cuerpos quieren ser desenterrados. Hay memorias de los que se fueron que solo quieren descan-

sar. —Ana me mira enojada y yo le mantengo la vista firme—. Además, Miseria y tu hermano van a tener un bebé. Vos no tenés nada que ver.

—No seas así, Ana, a este bebé lo estamos esperando todos.

Sigue igual de rabiosa y no me habla por un rato. No entiendo por qué esto le da tanta bronca.

Aprieto la mandíbula y levanto la cabeza. Todavía mamá no vino ni volvió a hablarme y solo esta noche es de muertos. Ana sigue acá y yo intento explicarle:

—Estoy cansada de tanta gente muriéndose. Llegó el tiempo de que alguien nazca. (p. 74)

Necesito poco: unos puñados adentro de una botella transparente.

Hicimos un pacto, ya no hay vuelta atrás. Ella cumplió con su parte: empezó a ayudar a Miseria y su bebé, y yo tengo que cumplir con la mía.

¿Cómo voy a ser después de ver los cuerpos de los hijos de la Tina?

Me había jurado no volver a comer tierra y ahora me quema la lengua y me ruge el estómago reclamándola. La tierra está llena de secretos, pero no para mí. Vuelco la botella arriba de la mesa y levanto un puñado para llevármela a la boca y me voy llenando de saliva. Mi corazón hierve de amor a la tierra pero también de miedo. Cierro los ojos y dejo una mano apoyada sobre ella. [...] Siento sus ojos desesperados fijos en mí mientras la tierra se va apoderando de mi cuerpo como una droga. Trago otro puñado y ya empiezo a sentir que quiere contarme. Me arrastra. El negro absoluto empieza a iluminarse y se arman sombras

nuevas. Me acerco y veo mejor, hay dos pibes chiquitos. Se persiguen, se empujan, juegan carreras. Escucharlos es un alivio enorme. ¡Escondidas!, propone el mayor, que empieza a contar apoyándose en una pared que no había visto hasta ahora. Como si ese muro fuera la espalda de una persona, ni bien lo toca alguien grita desde adentro. [...]

Abro los ojos y antes de anunciarle a la Tina que sus hijos están vivos, sigo disfrutando del gusto y el peso de la tierra. Con la lengua busco sus restos adentro de mi boca para saborearla un rato más.

¿Cómo voy a ser ahora que volví a probar el cuerpo amado de la tierra? (pp. 148-150)

A los que me buscan los asfixia el dolor casi tanto como la falta de esperanza. La fueron quemando, desesperados, siguiendo a los que ya no están, mientras les iban cerrando todas las puertas.

Ahora vienen a mí con un último fuego encendido, creen en @Cometierra.Vidente. Miseria y el local ayudan a que nos encontremos [...]

A quienes me buscan, los asfixia la urgencia.

Aunque no se atiende sin turno, vienen igual. Aunque hayan pasado muchos años, todavía buscan. Me extienden sus manos, sus frascos, sus botellas, su tierra. Me miran suplicando. (pp. 236-237)

De la cara de la Florencia adulta, como se vino a mi sueño, ya me olvidé. Pero pienso todo el día en la botella roja que conserva su tierra. Aunque me concentre, tampoco sé dónde está.

En este mundo las botellas duran más que nosotras.

¿Dónde andarán, ahora, los huesos de la Florencia?

Los huesos que no vemos nunca son los que permanecen. Los de la Florencia también. Si yo fuese la tierra que la abraza y la entibia, todo me dolería menos.

Si yo tuviera una tumba para llorarla, una placa tan dorada como su pelo para leer su nombre hermoso, un lugar donde dejarle una flor, la memoria dolería menos. Pero para eso ya es tarde.

Mentí.

Y del cuerpo de la Florencia no queda más que algunos sueños en donde Ana y yo hablamos de ella; y una madre, Marta, allá donde ella y yo nacimos, que por mi culpa todavía espera a su hija. (p. 298)

En los últimos pasos hasta la reja mi corazón late fuerte. Ya no hay candado: ni bien empujo, se abre. El pasto está altísimo y hay menos plantas. Atrás, la casa está casi toda perdida, del terreno queda solo un pedazo porque fueron haciendo otras casillas alrededor. Pero arriba de todo, la pasionaria sigue siendo dueña. Sus flores me reciben abiertas porque ellas sí que se acuerdan de mí. Sigo hasta mi puerta. Alguien habrá roto la cerradura. De la casilla de al lado llegan los ruidos de una tele encendida. No hay botellas.

Estoy más sola que nunca, parada sobre la tierra que más me conoce. Ella siente mi corazón acelerándose y yo me saco zapatillas y medias. Antes de entrar, la piso descalza. Nunca hubo un lugar adonde escaparme de mí misma. (p. 310)

MATERNIDADES

Ay, Miseria. Un bebé es como la Santa Rita, te da y te quita. Eso me decía mamá las pocas veces que se ponía seria y como yo fui su única bebé, sé que lo decía por mí. ¿Qué era eso que estaba sacándole si nosotras no teníamos casi nada, solo los juegos que nos íbamos inventando? Nunca me animé a preguntarle, pero también me fui por dejar de sacarle a ella, que fue la única familia que tuve. A veces la extraño tanto a mi mamá que duele muy adentro y ahora, que me toca a mí tener que abrir el cuerpo para que salga un pibe, pienso en ella, en si le habrá dolido, en si todavía se acuerda de mí.

Sos muy flaca vos, mirá lo que son los huesos de tu cadera, dice la enfermera del hospital mientras camina adelante mío y el culo le pasa apenas por el pasillito que lleva hacia los consultorios. Espero que esto no dure mucho porque no quiero llegar tan tarde al trabajo. Como no entramos las dos juntas, yo voy atrás. Escucho cómo se cansa de caminar y hablar a la vez, pero no para. Trato de no mirarla pero no puedo ver nada más allá de ella moviéndose como un terremoto de carne. Cada tanto se da vuelta solo para bardearme: Sos muy flaca vos. ¿Estás segura de que comés bien? Mi mamá es tan flaca como yo y en el barrio la llaman Doña Elisa. Me tuvo a los trece y con casi treinta años, no sabe que va a ser abuela. *Doña Elisa, usté va a ser abuela*, pienso y busco imaginarme su cara al escuchar la noticia.

Un bebé es como la Santa Rita, te da y te quita.

La enfermera jadea como si fuera un animal: Te va a costar. Remata, y yo no sé cómo el cuello siendo tan gordo le puede girar así. Se dobla como una serpiente que acaba de tragarse un bicho y los ojos le brillan de pura maldad. Te va a costar. Repite, pero a mí no me asusta. Me da pena que esté transpirando. Subo la cabeza, separo bien los hombros a ver si así mi cuerpo es un poco más grande: Yo sé que voy a poder.

Un bebé es como la Santa Rita, te da y te quita.

Mamá, ¿todavía vivís en nuestra casilla? Mamá, acá estoy bien. Tengo agua, una pieza, heladera y amigos. La enfermera pregunta por qué no vine antes. Suspiro y no digo nada. Pide que me prepare el camión. Dos mudas para mí y otras dos para la criatura. Camión, escucho y me río; criatura, como si mi bebé fuera un bicho, y se me escapa de nuevo una carcajada. Yo nunca tuve un camión y no pienso gastarme la plata en eso. Me voy a traer una remera del Walter que me vaya enorme. Alguna que me quede larga hasta las rodillas y tenga su olor, para que sea como llevarlo a él acá, conmigo, agarrado a la piel de nosotros dos. Mi mamá tampoco tenía camiones. Ella me contó que cuando volvimos del hospitalito, solas nosotras dos, hacía frío y como ya no tenía nada que ponerme, revolvió la casilla buscando su buzo preferido. Lo acomodó en el medio del colchón y me acostó despacio para ir envolviéndome por partes, con mucho cuidado, porque yo era tan chiquita que le parecía que me podía romper, y fue atándome una y otra vez, primero con los brazos del buzo y luego con el resto

de la tela, hasta dejarme apretada como a un matambre. Decía que yo seguía teniendo la nariz helada pero que nunca lloré. Y así, envuelta y pegadas, estuvimos esos primeros días juntas ella y yo. [...] Cuando le conté que me iba a vivir con el Walter y Cometierra, hacía años que ya no repetía lo de la Santa Rita. La vi ponerse triste pero igual se levantó, me abrazó muy fuerte, me acompañó hasta la salida y me dio su bendición con un beso largo sobre la frente: Adonde vayas, yo te cuido de lejos, Miseria. (pp. 20-22)

Yo no sé rezar. No me sé las oraciones de las iglesias, ni siquiera los conjuros que murmuran las curanderas.

¿Se acordará, todavía, mamá de mí? Doce años es mucho tiempo. Morirse es más tiempo todavía. Vuelvo a buscarla en la foto. Yo salí de su cuerpo abierto como se abre la oscuridad de la noche al mostrarme cosas. Pienso en Miseria arriesgándose a eso, tener que preocuparse por un hijo para siempre, tanto que ni siquiera muerta te deje de joder.

En la foto, su pulóver azul, suave como la panza de un gato, que se habrá perdido igual que ella, su pelo largo que todavía vive en mí, los ojos oscuros que parecen acariciarme, empujándome hacia arriba de nuevo, hasta hacerme volar.

—Mamá, soy yo, Aylén... —La llama de la vela se mueve hacia un costado como si entrara viento a la casa. Hasta la respiración del mundo parece haberse apagado para espiar lo que vamos a decirnos mi mamá y yo.

Estoy acá. Yo me invento mis propias palabras para hablarles a los muertos. La luz helada de la ventana se va apagando y

las de las velas crecen, se hacen enormes, brillan como si las estrellas fueran criaturas de la noche que abandonaron el cielo para hacerse ofrenda. Y yo sé, ahora, que mamá me escucha.

—Mamá, soy yo, Aylén. Te pido que el hijo del Walter y Miseria nazca bien. (p. 65)

Decime qué sentís. Tengo tantas ganas de salir corriendo y no volver nunca, pero respiro profundo y le contesto: Siento que se me pone la panza dura y que empuja para abajo. Eso es muy común. Tu cuerpo se prepara para el parto. ¿Tuviste sangrado? Le digo que no. ¿Estás perdiendo el tapón? De nuevo le contesto que no muy segura, porque no estoy perdiendo ni eso ni nada, aunque no sé de qué tapón me está hablando y eso me empieza a preocupar. Bueno, entonces falta, nena. A ver las ecografías. Le digo que todavía no me hice ninguna y el tipo se enoja: ¡Qué desastre! Caen en el último trimestre y no tienen ni una eco. ¿Y cómo sabemos nosotros que tu hijo no tiene dos cabezas? De la bronca que me da ni le contesto. Al tipo tampoco le importa escucharme. Habla solo él: Andá anotándote en el curso de psicoprofilaxis y hacete sin demora todos estos estudios que te doy. Recibo el papel y lo doblo sin leer nada. Las contracciones son un ensayo que hace tu cuerpo para el parto, por suerte está bastante más enterado de todo que vos. Ser madre no es solo coger, nena. Lo dice con tanta cara de piedra que no llego a reaccionar. Estoy confundida. Quiero preguntar cosas, pero no a este tipo. Me da las re ganas de mandarlo a la mierda. (p. 70)

Cometierra está en la suya, ni me registra. También a ella le pregunto a qué hora vuelve, pero está tan en otra que no me llega a escuchar. Solo me dice que tiene que apurarse, que en un rato ya se va. Hoy que necesito que se quede conmigo, está más ida que nunca. Vuelvo a la pieza, me acuesto boca arriba y el peso del bebé me hunde la espalda y me hace doler. Me pongo de costado, hecha un bollito, y me agarro las rodillas para poder rodear mi panza por completo. El bebé se mueve adentro mío, no hace falta que dé patadas porque lo siento igual, suelto mis rodillas y me paso la mano por donde empezó a patear. Ellos no se dan cuenta. Me dejan en la casa para que me prepare para su llegada pero mi hijo hace tiempo que ya está acá. Ni él ni yo sabemos esperar ni estar encerrados. ¿Qué podemos hacer? [...]

El oso marrón de la pantalla acaba de encontrar a su cría, un cachorro juguetón con el que se acurruca en el bosque. Así tendría que ser yo ahora, una osa que va a dormir todo el invierno preparándose para después, pero no puedo. Me aburro y necesito charlar con alguien. ¿Y si la llamo a mi mamá? (pp. 133-134)

Por más que este año perdí un celu y el otro dejó de funcionar, siempre vuelvo a guardar el número de mi mamá en la agenda nueva. Le pongo así: mi mamá. Hasta ahora ni me había animado a mandarle un mensaje, pero hoy más que nunca tengo ganas de escuchar su voz diciendo: Ay, Miseria, ¿sos vos? ¡Contame en dónde andan!

Pero nadie atiende y me pasa a una casilla de mensajes llena. Mi mamá no

los debe escuchar, ni siquiera la contestadora tiene su voz grabada y yo pienso si todavía será este su número o lo cambió, igual que yo. Vuelvo a llamarla y pasa lo mismo, así que ya no quiero tratar de nuevo. La extraño demasiado y si no me atiende, la única sería ir para allá y ahora no puedo. Por el suelo deberían estar mis zapatillas negras. Las busco y no las encuentro. Me fijo en el mueble de la ropa y no hay ni siquiera un saquito de bebé. Nunca la pieza me pareció tan vacía. Quiero encontrarlas aunque no sé para qué me las pondría ahora si no voy a salir. Me vuelvo a hacer un bollito en la cama y pienso en mi mamá y yo mirando la tele juntas. (p. 138)

LAS REDES DE CUIDADOS

No sé si empezar hablándole de mi sueño sea lo mejor, pero no encuentro otra forma. Le hablo de cuando me levanté en la noche por la pesadilla de Miseria llorando, de su panza y sus brazos vacíos, del camisón con florcitas rosadas que se va mojando de las lágrimas y una sangre tan brillante como la salsa de tomate. Y de mi ida al hospital al que Lucas me contó que llaman Camino al cielo, de la cola para la atención con la gente amontonada en el suelo sin que a nadie le importe. Y del miedo que me da el hospital enorme y helado para el cuerpo chiquito de Miseria. Hacia el final se me quiebra la voz y recién ahí me doy cuenta de que yo también tengo ganas de llorar. La señora termina sus alimentos y apoya la cuchara.

—Parir no es asunto de unas muchachitas solas —advierte mirándome a los ojos—. ¿Cómo vas a dejar a tu amiga con gente que ni conoce para que tenga a su bebé?

Todavía las ganas de llorar me aprietan la garganta encerrándome la voz.

Pienso en mamá sin nadie, con apenas unos años más que Miseria cuando lo tuvo al Walter, en algún cuarto de hospital que ni siquiera sé cuál fue. Y que me hubiera encantado darle la mano para hacerle compañía, como quiero ahora dársela a Miseria.

—Si las mujeres nos juntamos para todo, para hacer las compras, para tejer, para contarnos cosas, para cocinar nuestros alimentos y llevar a los niños a la escuela, ¿por qué íbamos a parir separadas unas de otras?

Ella vuelve a su plato. Me parece que no estoy acompañando a Miseria como tiene que hacerlo una amiga. La mujer se da cuenta de que algo me impide seguir comiendo tranquila y agrega:

—Llegar al mundo e irse no son cosas que haya que hacer solas. —La mujer de los panes toma aire para seguir hablando—: Si las mujeres nos juntamos, ahí está nuestra fuerza. (pp. 120-121)

Voy al baño, me bajo la bombacha y me siento. Mientras hago pis veo mis zapatillas recién lavadas secándose en la sogá. Les sacaron los cordones y las plantillas y todo está colgado con broches. Cometierra o el Walter me las lavaron y ahora parecen nuevas. Nunca estuvieron así de flamantes. Algo adentro mío se alegra. Siento que piensan en mí y me dan ganas de llorar. La Tina me había habla-

do algo del embarazo y las emociones y yo no le di ni bola. Me cae la ficha: Hoy me siento emocionada. Descuelgo las zapatillas todavía húmedas, los cordones y las plantillas. Las voy a colgar en la ventanita de la cocina, donde da bien el sol, para que terminen de secarse. Me vuelvo a meter en la cama de costado para hacerme un bollito de nuevo. Me hablo a mí, aunque sé que mi bebé también escucha: Miseria: tenés que hibernar un poco. Miseria: tenés que dormirte hasta que todo esté mejor. Pero ni siquiera intento cerrar los ojos.

Faltan horas para la visita de Tina. Falta un montón de tiempo para que vuelva el Walter de trabajar. Ni siquiera sé cuándo van a caer Cometierra y la perra. Todos dicen que falta poco para que llegue mi bebé, pero mientras tanto estoy sola. Pienso en él todo chiquito adentro mío y se me cae la primera lágrima. Después van saliendo otras, despacio. Hoy llorar es para mí la forma de esperarlos a todos. (pp. 139-140)

Nos miramos. Hace horas que estar desnuda con ellas no me da vergüenza. Y cuando la Tina termina de hacerme aflojar, me repite de nuevo: Cuando sientas salir el bebé, te va a gustar. Y como yo no le contesto, insiste: No te asustes, Miseria. También el dolor sabe hacer sus cosas. Tenés que confiar.

Un rato después es tan grande que me vienen ganas de llorar. Pienso que no voy a poder soportarlo. Sáquenme al bebé de una y escucho la voz de la Tina como si fuera la de mi mamá: Vamos, Miseria... ¡Poné la fuerza acá abajo que nace ahora! Con lo que me queda de aire, espero a

que las puntadas vuelvan a endurecerme la panza para empezar a empujar. Solo pienso en la fuerza llegando a mis músculos, como si estuviera trayendo toda mi sangre. Siento un calambre que empuja sacando no solo al cuerpo de mi hijo, sino hasta la última burbuja de aire de mis pulmones, pero en vez de echarlo por la nariz, me sale en pujos desde la panza. Ahí está la cabeza. Anuncia la Tina. ¡Ahí salen los hombros!

Un pujo llega casi pegado al anterior, y me parece que no soy yo la que empu-

jo ahora, es el bebé que también hace su mejor esfuerzo por salirse de mí. Quiere llegar al mundo. Quiere nacer. Enseguida puedo sentirlo, tan mojado como yo, desnudo como un sapito y lleno de pegotes, porque todo después de sus hombros pasa apenas en un segundo y de repente, estoy sentada en la tela verde, mientras todas las manos que hay en esta pieza reciben a mi bebé y lo acompañan hasta mí. Y es él. Todo arrugadito como si se hubiera dado un baño largo. ¿No es hermoso? Se emociona la Tina. (pp. 157-158)

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. En *Miseria*, Cometierra, Walter y Miseria deciden comenzar una nueva vida lejos de su barrio, un pasado difícil y las visiones de cadáveres y desaparecidas. En cierto modo, ellos mismos han elegido desaparecer pero, como dice Cometierra, «nosotros vinimos a perdernos, pero se nos fue de la mano. Ni entre nosotros nos podemos encontrar.». ¿Qué lectura hacéis de esta frase? En la novela, ¿existe la posibilidad de nuevos comienzos o los personajes cargan con sus historias vayan donde vayan?
2. Si bien al salir del barrio las relaciones entre Cometierra, su hermano y Miseria se resienten, entre las dos chicas existe un vínculo muy especial que se va consolidando. ¿Cómo es este vínculo? ¿Qué rol desempeña cada una en la vida de la otra?
3. Cometierra y Miseria alternan voces y protagonismo a lo largo de toda la novela. Entre estos dos personajes, ¿qué juegos de contrastes y similitudes se establecen? ¿Qué motivos universales se representan a través de ellas?
4. La novela toma su título del apodo de Miseria, una adolescente cuyo nombre original desconocemos. A Cometierra, a su vez, todos la llaman por el apodo que le pusieron de pequeña en el barrio. Al igual que ellas, varios personajes de la novela adquieren mote o nuevos nombres, como es el caso de Tina, su hijo José o Lucas. ¿A qué pensáis que responden estos cambios de nombre? ¿Qué relación se plantea entre los nombres y la identidad a lo largo de la novela?
5. La identidad y las raíces son dos temas que recorren una novela en la que Cometierra se pregunta acerca de sus orígenes en el momento mismo en que decide comenzar de nuevo. ¿Por qué tiene esta necesidad de mirar atrás? ¿Y qué le sucede a Miseria con su propio pasado?
6. El tema de la identidad se introduce también a través de las visiones de cadáveres de chicas que yacen sin nombre en descampados, fábricas abandonadas o sótanos suburbanos. En el tratamiento que se hace en la

novela de las personas —casi siempre mujeres— desaparecidas, ¿veis ecos de los desaparecidos durante la última dictadura militar argentina y de la búsqueda emprendida por las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo?

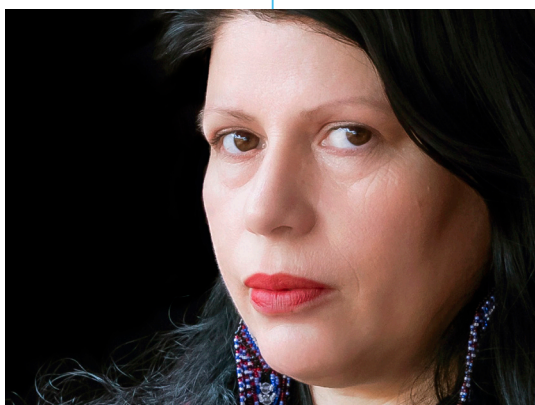
7. Además de los asesinatos, las violaciones y los secuestros, en la novela las mujeres parecen estar expuestas a muchas formas de violencia cotidiana. Por ejemplo, cuando Miseria acude al hospital para solicitar una baja por embarazo, es juzgada y maltratada por el médico que la atiende en urgencias. ¿Qué formas de violencia menos evidentes o más naturalizadas retrata la novela? ¿Qué nos dice el episodio de Miseria acerca del trato que recibe muchas veces la mujer embarazada o parturienta?
8. El hospital al que acude Miseria es descrito como un espacio hostil y oscuro que remite más a la muerte que a la vida. Frente a esta institución que infunde temor y desconfianza, la figura de Tina encarna la posibilidad de traer vida en un entorno de respeto y afecto. ¿Pensáis que la novela contiene una crítica a la medicalización y deshumanización del parto? ¿Estáis de acuerdo con la puesta en valor que se hace de la partera, una figura ancestral que cayó en desuso en nuestra sociedad?
9. Tina ayuda a traer vida, Cometierra se encarga de buscar a las desaparecidas y las artes adivinatorias y los cultos que fusionan creencias brindan consuelo y esperanza en un mundo signado por la precariedad y la violencia. ¿Qué sucede con instituciones como la policía, los hospitales o la iglesia católica en la novela? Ante la ineficacia institucional, ¿existen alternativas en la novela? ¿Quiénes las proporcionan?
10. Miseria es el nexo entre Tina y Cometierra, dos personajes con historias diferentes pero un importante papel a la hora de ayudar a los otros. ¿Hay paralelismos entre ellas? A través de estos personajes, ¿qué reflexión abre la novela acerca de las redes de cuidados y soporte que construyen las mujeres?
11. Cometierra deja el barrio decidida a no volver a usar su poder pero, al final de la novela, sus propósitos son otros. ¿Cuál es el recorrido que hace el personaje a lo largo de la historia narrada? ¿Cambia su manera de entender su poder para encontrar muertos y desaparecidos? ¿Qué personajes influyen en sus cambios?

12. La maternidad es otro motivo muy presente en una novela donde vemos a madres adolescentes, hijas que añoran a las madres que perdieron y madres desesperadas que buscan a las hijas desaparecidas. ¿Qué significados adquiere la maternidad en la novela? ¿El rol maternal está asignado únicamente a las mujeres que son madres o en la novela existen otras formas de ejercer la maternidad?
13. Las mujeres son las protagonistas de una novela en la que los hombres, a menudo, ejercen la violencia, abandonan o adquieren matices monstruosos. ¿Cómo es la representación de lo masculino en la novela? ¿Se retrata una única forma de masculinidad? ¿Qué opináis de la reacción de Cometierra cuando Miseria y Tina dan rienda suelta a su odio a los hombres y ella les recuerda que el hijo de Miseria es varón?
14. A través de Miseria —la madre— y Cometierra —la rastreadora de desaparecidas—, Dolores Reyes introduce los motivos de la vida y la muerte. ¿Cómo se tratan estos elementos en la novela? ¿Se representan como opuestos o el límite entre ambos es poroso?
15. A Miseria la maternidad le trae el recuerdo de su infancia y de su madre, a la que comienza a añorar en el momento en que tiene a su hijo. Cometierra también pasa los días y las noches entre visiones del presente y el recuerdo de los que se fueron: su madre, la seño Ana, su amiga Florencia. A ella, además, acuden personas desesperadas que continúan buscando a los que desaparecieron mucho tiempo atrás. ¿Cuál es el papel de la memoria en la novela? Volviendo al tema de los nombres, ¿por qué los cadáveres necesitan recuperar su nombre?
16. Desde los mitos de la antigüedad hasta la literatura contemporánea, pasando por leyendas, cuentos tradicionales y canciones folclóricas, la tierra es un elemento con una enorme carga simbólica. ¿Qué significados adquiere la tierra en la novela de Dolores Reyes?
17. *Miseria* transcurre en un barrio popular de Buenos Aires que limita con la inmensa área suburbana de la ciudad. Al igual que el barrio de donde proviene Cometierra, este es un lugar en el que, como afirma Miseria, la gente desaparece todo el rato. ¿Cómo es el territorio que describe Dolores Reyes? ¿Os ha hecho pensar en escenarios de otras novelas?

18. Escritoras como Selva Almada, Fernanda Melchor o Mariana Enríquez, por nombrar solo algunas, han retratado, desde diferentes registros, la violencia que atraviesa a Latinoamérica. ¿Cuál es la singularidad del enfoque literario que Dolores Reyes hace sobre este tema? ¿Qué es lo que añade *Miseria* a la denuncia sobre la violencia, muchas veces impune, de la que son víctimas las mujeres?

LA AUTORA

© Daniel Mordzinski



DOLORES REYES nació en 1978 al oeste de la provincia de Buenos Aires, donde vive con sus siete hijos, ejerce la docencia y escribe. Estudió Profesorado de Enseñanza Primaria y Griego y Culturas Clásicas en la Universidad de Buenos Aires. Publicada en 2019, *Cometierra*, su pri-

mera novela, fue traducida a doce idiomas y aclamada como una de las mejores novelas latinoamericanas del año según *The New York Times* y uno de los mejores libros del año según *El País*, *El Cultural*, *El Universal*, *Página/12* y *Perfil*. *Miseria* es su nueva novela.

LA CRÍTICA HA DICHO

SOBRE LA AUTORA:

«La escritura de Dolores Reyes es visceral y urgente, pero también se inscribe en la tradición más poderosa del fantástico y el policial, al tiempo que piensa la violencia de género con enorme lucidez».
Mariana Enríquez

«Reyes es capaz de sugerir la violencia desde una posición lírica, alejada de la manía de mostrar por mostrar. Con diá-

logos muy sencillos e imágenes a ratos surrealistas, nos hace llorar a fuerza de sugerir la miseria de todo un país y la terrorífica situación que afrontan sus mujeres».
Luna Miguel

«El lirismo áspero y sensible de Dolores Reyes te explota en las manos».
Gabriela Cabezón Cámara

SOBRE *COMETIERRA*:

«Una de las mejores novelas latinoamericanas del año».
The New York Times

«La novela negra argentina, la novela a secas, mejor dicho, tiene a la heroína que nos estaba haciendo falta, una a la que la tierra la habla en la llanura envenenada, y tiene, también, una prosa que brilla. Con *Cometierra*, Reyes reina».
Gabriela Cabezón Cámara

«*Cometierra* camina al filo de la huella de autores fundamentales como Juan Rulfo o Sara Gallardo, y reinventa con brillo propio y una voz singular el universo del conurbano bonaerense».
Selva Almada

«*Cometierra* tiene algo, mucho de hecho, de heroína trágica griega, de cómic de Marvel [...] tanto como de víctima social de canción pop-himno que se resiste a

dejar apagar su brillo, sus rabiosas ganas de vivir a favor de todo, sin ir contra nadie. El lenguaje, las pinceladas, el gusto por la ambientación y los personajes, la elección de los detalles nunca dados a brochazos hace de esta primera novela una revelación lectora».

Carlos Zanón, *Babelia* (Libro de la semana)

«Una increíble mezcla entre fantasía y thriller que combina una prosa elegante con elementos de realismo mágico».

Booklist

«*Cometierra* es una historia apasionante, oscura y visceral, que explora de manera brillante la violencia estructural contra las mujeres. Se quedará contigo mucho después de haber leído la última página». Juan Milà, editor de *Cometierra* en HarperVia

«Dolores Reyes se atreve a llevar, en un libro poético y valiente, la lacra de los feminicidios en Argentina a un escenario impregnado de la tradición del realismo mágico. El resultado es a partes iguales dulce y oscuro».

Alba Correa, *Vogue Spain*

«[Una novela] llena de oscuridad pero también de poesía y de una fuerza imparable para salir adelante pase lo que pase». Mar Centenera, *El País*

«Desde la primera línea, *Cometierra* hunde a sus lectorxs en un universo oscuro, fascinante, que interpela por sus diálogos múltiples con esta época».

Ivana Romero, *Página 12*

«Si en el inconsciente (¿en la escritura?) no hay principio de contradicción, tampoco puede existir diferencia entre vivos y muertos. *Cometierra* se pone en ese borde, descarada y salvaje y llena de un poderoso lirismo que logra una operación mayor: renovar la voz del coro con gran destreza y sensibilidad. Dolores Reyes es su corifeo, *Cometierra*: una novela entrañable que lo tiene todo».

Julián López

«Reyes dota a la trama de una faceta seductora aunque siniestra, incluyendo las primeras experiencias sexuales de la narradora y la violencia persistente de la ciudad, rodeando de ambigüedad la edad de la narradora y el paso del tiempo, preservando aspectos de su infancia y la angustia de su adolescencia conforme se hace mayor. El retrato de este proceso de madurez destaca por su agudo análisis de la exploración adolescente del sexo y de la muerte».

Publishers Weekly

«Una historia poderosa cuya narradora ofrece observaciones honestas sobre la intersección entre clase, pobreza, y género».

Booklist

«El premio a mejor premisa va para esta novela: una mujer argentina se siente compelida a comer tierra y cuando lo hace, tiene visiones de personas desaparecidas y asesinadas. En parte novela negra y en parte novela de realismo mágico, esta novela es sobre todo una exploración de los que se quedan atrás y son olvidados por la sociedad».

Electric Literature

«Con una voz tensa, atrevida y mordaz, la narradora se enfrenta al impacto de sus visiones sobre su salud y sus relaciones, al tiempo que presencia las maneras en que el miedo y la violencia dan forma a las experiencias de las mujeres de su entorno. Poderoso y visceral, el debut de Reyes combina misterio y una historia de madurez para evocar las historias de las víctimas de feminicidio».

Kirkus Reviews

«Esta breve y original novela es un como puñetazo en el pecho, y al mismo tiempo es pura luz y disfrute».

Hinde Pomeraniec, *Infobae*

«Combinando realismo mágico y género detectivesco, Dolores Reyes dota a la novela de una mezcla de fantasía soñadora y de precisión clínica, lo que la salva de caer en lo sórdido al otorgar caras y nombres a aquellos que desaparecen».

Ariane Singer, *Le Monde*

«Este libro es increíble. [...] Punk *noir* mezclado con surrealismo y folclore antiguo en una novela única».

CrimeReads

«Escrita como un oscuro cuento popular, esta profunda primera novela plantea cuestiones de duelo colectivo, la posibilidad de reparación de la escritura y la relación entre el conocimiento y la justicia».

Connor Goodwin, *The Seattle Times*

«Un debut crudo y vital, que explora los sistemas de poder a través de la perspectiva de una chica joven que se ve atrapada en medio de todo».

Shelf Awareness

«Este debut sobrenatural de la escritora argentina Dolores Reyes es una historia tierna, conmovedora y seductora sobre fantasmas y los que nos quedamos atrás tratando de hablar con ellos. [...] Hay una intimidad, una intensidad de la que Reyes consigue imbuir toda la narración. El resultado es un libro sobre mujeres y poder y lo que les pasa a las mujeres que carecen de él».

Jason Parham, *Wired*

